

males que poseen las funciones y la organización mejor adaptadas a las condiciones del medio en que viven, variando de acuerdo con éstas. Los fenómenos económicos son un caso particular de los biológicos; la economía política es la aplicación a la especie humana de leyes biológicas que rigen la lucha por la vida en todas las sociedades animales.

Las funciones psíquicas colectivas se manifiestan como creencias y hábitos (costumbres), acompañados de una organización de la estructura social (instituciones). Las variaciones de las funciones mentales colectivas son correlativas a las variaciones de la organización social: ley biogenética. La continuidad de la experiencia social está representada por la herencia social (tradicición); sus transformaciones dependen de las variaciones adquiridas (innovación). El «progreso» es el perfeccionamiento de la adaptación funcional y estructural de una sociedad a las condiciones del medio en que vive.

Las funciones psíquicas colectivas se desarrollan de manera progresiva y continua, de los pueblos primitivos a las sociedades civilizadas; la historia general de las creencias acompaña a la historia general de las instituciones. Cada sociedad particular reproduciría esa evolución general, si no difiriesen las condiciones del medio y de la raza. En las diversas clases sociales, coexistentes en una sociedad, permanecen estratificadas las etapas recorridas en la formación natural de la experiencia social.

En las sociedades, las funciones psíquicas tienen la misma significación «biofiláctica» que en el individuo. La moral y el derecho, que son las expresiones más típicas de las variaciones de la experiencia social en las costumbres y las instituciones, se presentan como una función y una organización destinadas a proteger la sociedad.

Cap. VI.—Las funciones psíquicas en la evolución de los individuos.

- I.—La formación natural de la experiencia individual: la personalidad. II.—Origen y evolución de la personalidad: períodos de organización, de perfeccionamiento y de involución. III.—La morfogenia de los órganos psíquicos. IV.—Los resultados sintéticos de la experiencia individual.

I. — LA FORMACIÓN NATURAL DE LA EXPERIENCIA INDIVIDUAL: LA PERSONALIDAD SOCIAL

El desarrollo mental del hombre está condicionado por la sociedad en que evoluciona: la experiencia individual se forma en función de la experiencia social.

Para comprender el mecanismo de las funciones psíquicas del hombre adulto, no basta su estudio comparativo con el de las diversas especies vivas que preceden a la humana en la serie filogenética; la «psicología animal» o «psicología comparada» nos permite comprender cómo ha sido posible alcanzar la evolución mental del hombre considerado como especie. Es necesario conocer de qué manera cada individuo de la especie humana alcanza la plenitud de su desarrollo mental: es decir, cómo se desenvuelven las funciones psíquicas en la

evolución ontogenética, desde la concepción y la vida embrionaria hasta el período adulto y la involución senil. De ellos se ocupa la «psicología individual», en su doble aspecto evolutivo y taxonómico.

Ese desenvolvimiento no podría estudiarse si se prescindiera de un factor importantísimo: *el hombre pertenece a una especie animal sociable, vive en un medio poblado de representaciones psíquicas colectivas; el desarrollo mental de cada individuo tiende a plasmarse en el ambiente mental de la sociedad en que vive. No conocemos al individuo humano sino viviendo en sociedad; la experiencia individual se forma dentro de la experiencia social a que cada individuo está sometido.* La herencia que cada hombre recibe al nacer es ya un resumen de la experiencia de la especie, y encuentra en el medio un resumen de la experiencia social a que estuvieron sometidos sus ascendientes; la educación que el individuo adquiere desde su nacimiento es, en toda hora, un producto de su ambiente. La formación ontogenética de las funciones psíquicas sería absolutamente inexplicable sin el conocimiento del medio social donde cada individuo se desenvuelve y a que necesita adaptarse.

Todo hombre es, en suma, un doble representante de su especie y de su medio social.

La actividad psíquica es una función biológica; el hombre, como cualquier otro sér vivo, alcanza un desarrollo psíquico correspondiente a la complicación estructural de los órganos que desempeñan esas funciones. Morfología y fisiología son inseparables. Desde que los seres vivos diferencian parte de su materia viviente, especializándola para la asimilación, para la reproducción o para la adaptación al medio, comienzan a producirse en ellos permutas energéticas especiales. Algunas, dirigidas a su crecimiento, se efectúan según determinadas normas morfogenéticas, condicionadas por la herencia y siguiendo el conocido principio de la correla-

ción entre la composición química de los protoplasmas y las formas específicas de equilibrio; otras permutas energéticas representan la función adaptativa del individuo a su medio, desenvolviéndose progresivamente desde la célula que lo origina hasta alcanzar su forma de equilibrio estable, llegando al estado adulto. La evolución de la estructura morfológica y la evolución de las funciones psíquicas son simultáneas en el desenvolvimiento del individuo.

La «psicología individual» no suele estudiarse en otras especies animales, fuera de la humana. Existe una embriología comparada que nos muestra la correlación entre el desarrollo orgánico de las diversas especies, completando la anatomía comparada; pero no existe una psicogenia comparada que estudie la evolución psíquica individual en las diversas especies animales, completando la psicología comparada. Los naturalistas y psicólogos que se han preocupado de estudiar el desenvolvimiento mental de los animales, se fijaron en las relaciones entre especie y especie más bien que en el desarrollo mental de cada individuo; esto último ha sido casi siempre accidental, en casos de educación o adiestramiento de animales domesticables.

La «psicogenia individual» en la especie humana ha sido, en cambio, una rama precozmente desarrollada en el tronco común de la psicología. Las necesidades prácticas de la educación han estimulado vigorosamente, en todo tiempo, la observación del desarrollo mental del niño. Recién nacido, aprendiendo a hablar y caminar, contrayendo sus primeros hábitos mentales, adaptándose a las coerciones morales del medio, apto para ingresar en la escuela, adquiriendo en ella los elementos de instrucción sistemática, asomándose a la crisis de la pubertad, abordando la enseñanza secundaria o profesional, en cada una de sus edades, mostrando tendencias y aptitudes características, el niño ha sido objeto de infini-

tas investigaciones y monografías particulares, que nos muestran varias etapas importantes de la psicogenia individual. Esa vasta literatura constituye ya una «psicología infantil», cuyos precursores pueden hallarse entre los filósofos grecolatinos; en los últimos lustros se ha formado una ciencia especial, más técnica, la «psicología pedagógica».

Ese es el capítulo mejor definido de la *ontogenia psíquica*. Pero es necesario tener presente que la evolución individual de las funciones psíquicas se efectúa normalmente mucho antes de la edad que interesa a la pedagogía y se continúa hasta el fin de la vida. El hecho es evidente y ha sido bien estudiado por los alienistas; aparte de las formas psicopáticas propias de ciertas edades (hebefrenias, parafrenias sexuales, parálisis general progresiva, demencia senil, etc.), sea cual fuere la forma de afección mental que se observe, se encuentran siempre profundas diferencias clínicas si se comparan sus manifestaciones en el niño, en el joven, en el adulto o en el viejo (1).

El desarrollo de las funciones psíquicas es continuo desde el nacimiento hasta la muerte. Las aptitudes y las actividades psíquicas difieren en los diversos períodos de la existencia. Cada uno de ellos está solicitado por distintas condiciones de incremento o transformación, determinando en el conjunto esas modificaciones incesantes (2). Comparando, por ejemplo, las funciones psíquicas del adulto y del niño, se encuentra que las del primero son más numerosas y variadas; más perfectas, es decir, más intensas, rápidas y exactas; más complejas, pues implican ricas asociaciones fisiológicas requeridas para los procesos psíquicos de ulterior adquisición.

Baldwin ha estudiado la formación mental del niño

(1) Morselli: *Semeiotica delle malattie mentali*.

(2) Sully: *Outlines of Psychology*.

y su adaptación progresiva a la mentalidad social. Encuentra tres métodos aplicables al estudio psicogenético individual.

El método *antropológico* o *histórico* trata de descubrir en la historia de la sociedad los mismos principios a que obedece el desarrollo mental del individuo. La cuestión es ésta: ¿Resume el individuo en su progreso, en algún sentido, el progreso de la sociedad, tal como aparece en la historia, desde las primitivas formas de organización hasta las más recientes?

El método *sociológico* o *estadístico* trata, mediante el examen analítico e inductivo de la sociedad, de encontrar los principios de su organización y el modo de su desenvolvimiento, comparando los resultados con los de la psicología descriptiva.

El método *genético* es aplicable en dos campos de investigación: 1.º El desenvolvimiento *psicológico* del individuo, cuyo examen pone en claro los elementos sociales y los movimientos de su naturaleza, en virtud de los cuales vive asociado con sus semejantes: este método puede llamarse *psicogenético*. 2.º Las fuerzas *biológicas* y sus resultados en la vida animal, en cuanto hacen ver los antecedentes de las fuerzas sociales y de las instituciones humanas: este método puede llamarse *biogenético*.

Estos tres métodos no le parecen estrictamente distintos en sus campos de aplicación, pero están enteramente separados; su descripción puede servir para indicar ciertos caminos convergentes por los cuales podría abordarse el problema general. Una investigación científica completa los supone todos.

El método seguido por Baldwin es, sin duda, el genético: «la forma de este método consiste en investigar el desenvolvimiento del individuo humano en las primeras etapas de su desarrollo, a fin de esclarecer su naturaleza social y la organización social de que forma par-

te. El lado saliente de este método es principalmente *psicogenético*; se funda de una manera amplia en la observación directa de los niños» (1).

Considerada sintéticamente la formación de las funciones psíquicas en el individuo, podemos observar que la personalidad individual se constituye por superposiciones sucesivas de las nuevas adquisiciones de la experiencia. Sergi ha señalado esa «estratificación» del carácter; la palabra es exacta y merece conservarse en los ulteriores desenvolvimientos del concepto.

En las capas más primitivas y fundamentales de la personalidad podemos descubrir las tendencias e inclinaciones congénitas, recibidas hereditariamente como síntesis de la experiencia biológica ancestral (*mentalidad de la especie*); en la capas medias están todas las adquisiciones producidas por la influencia del medio en que el sujeto evoluciona, sintetizando la común experiencia de la sociedad (*mentalidad social*); en las capas superficiales vemos representadas las variaciones estrictamente individuales, los perfeccionamientos recientes de la personalidad, los hábitos mentales que son un distintivo de cada uno antes que el patrimonio colectivo del grupo social (*mentalidad individual*). Estas tres adquisiciones sucesivas del hombre permiten comprender las evoluciones de la personalidad en sus períodos de formación, de perfeccionamiento y de disolución.

(1) Baldwin: *Mental Development in the Child and the Race: Social and Ethical Interpretations; Story of the Kind.*

II.—ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA PERSONALIDAD: PERÍODOS DE ORGANIZACIÓN, DE PERFECCIONAMIENTO Y DE INVOLUCIÓN

La evolución de las funciones psíquicas en el curso de la ontogenia humana es un proceso continuo: se inicia con el nacimiento y termina con la muerte. Si el individuo llega a vivir sin que falle prematuramente alguno de los resortes esenciales para la conservación de su organismo, pasando por las fases comunes de la infancia, la adolescencia, la juventud, la madurez, la vejez y la senilidad, pueden considerarse tres grandes períodos en su evolución mental: el de organización, el de perfeccionamiento y el de involución.

Los descubrimientos de la embriogenia han subvertido por completo el estudio del origen del «alma individual». El dogma de la preformación embrional concebía que el organismo del nuevo individuo estaba ya contenido en las células reproductoras de sus progenitores, limitándose a crecer después de la fecundación. Dentro de esta teoría, el origen del alma individual quedaba encuadrado en dos hipótesis: 1.^a, el alma entraba misteriosamente en el cuerpo en cierto momento de su evolución; 2.^a, el alma estaba preformada en la del progenitor, lo mismo que el cuerpo. La primera hipótesis ha originado discusiones fantásticas y picarescas, en que han demostrado agudo ingenio los teólogos y los filósofos; la segunda hipótesis, menos ilógica aunque igualmente fantástica, fue enunciada así por Leibnitz: «Yo creería que las almas destinadas un día á ser humanas, existen en el semen, como las de las otras especies, y que ellas han existido en forma de cuerpos organizados, desde Adán, es decir, desde el principio de las cosas».

Estos problemas han dejado de serlo hace mucho tiempo. El origen del «alma» en el individuo es una cuestión tan simple como el origen del «alma» en la especie: es una función adquirida en el curso de la evolución biológica (ontogénica o filogénica) mediante la modificación progresiva de la estructura orgánica. Ya no hay «alma», considerada como una entidad real o espiritual, que entre a dirigir o presidir las funciones del cuerpo; hay, simplemente, funciones de adaptación al medio, que van desarrollándose a medida que evoluciona el cuerpo mismo: del protozoo al hombre o del óvulo al anciano. En la «psicogenia individual» se identifica el origen del alma con el origen de la vida; el «alma» no preexiste como tal, se desarrolla; no aparece, se organiza; no entra del exterior al organismo, se forma en él por el desarrollo de tendencias potencialmente acumuladas por la herencia en las células reproductoras.

Por eso Haeckel ha podido hablar del «alma celular» del óvulo y del espermatozoide, llamando «anfigonia psíquica» a la fusión de las dos almas en la fecundación; también designó con el nombre de «quemotropismo erótico» la atracción de esas células sexuales por la actividad química sensitiva de sus plasmas. Estas denominaciones equívocas sirven para oscurecer las cosas a que se refieren.

Hablando en términos claros y exactos, podemos decir: *las células de que se origina todo individuo vivo poseen funciones biológicas elementales cuyo desarrollo en el curso de su experiencia constituye sus funciones psíquicas y su personalidad.*

El desenvolvimiento psíquico durante la fase embrional de la vida es muy limitado. El embrión humano, lo mismo que el de los animales superiores (reptiles, aves mamíferos), evoluciona aislado del mundo exterior por apropiadas membranas protectoras (embriolema). Esas

membranas se desarrollan de igual manera en las tres clases de amniotas; son disposiciones protectoras adquiridas por los vertebrados superiores al adaptarse completamente a la vida terrestre y a la respiración pulmonar. En el hombre, y en todos los amniotas, el embrión está substraído a la influencia directa del ambiente, efectuándose su nutrición por intermedio de alimentos acumulados en el huevo (reptiles, aves y mamíferos, monotremos) o por la circulación sanguínea de la madre (marsupiales y placentados).

Tales condiciones de vida determinan un desarrollo especial del sistema nervioso y de sus funciones. El feto humano solamente recibe sensaciones generales, táctiles o cenestésicas, reaccionando a ellas mediante movimientos directos; sus sensibilidades especiales no se desarrollan, porque no está sometido a los agentes energéticos especiales que las provocan (luz, sonido, olor, gusto, etc.)

Desde el instante de su nacimiento, el hombre se encuentra sometido a nuevas condiciones de adaptación; ellas determinan en él nuevas funciones y para ellas va diferenciando la estructura de sus órganos. Sus centros nerviosos se mielinizan a medida que las funciones son provocadas por los agentes energéticos del medio, desarrollándose las sensibilidades especiales y las reacciones de movimiento mejor adaptadas para la conservación de la vida.

*
**

1.º *Período de organización de la personalidad.*— Puede calcularse que (en general y aproximadamente) este período comprende la niñez, la adolescencia, la pubertad y la juventud, extendiéndose desde el nacimiento hasta los treinta años.

La evolución mental del recién nacido no se diferencia al principio de la observada en ciertos grados de la filogenia animal. La experiencia rudimentaria de sus sentidos y la naciente coordinación de los movimientos, acompáñase de ligerísimos grados de conciencia y de manifestaciones afectivas elementales, como la sorpresa, el temor, etc. La acción de los agentes del medio físico, por una parte, y el ejercicio de las funciones fisiológicas vegetativas, por otra, inician la progresiva mielinización de las vías nerviosas, que más tarde conducen a la sistematización de las sensibilidades orgánicas (cenestésicas).

A las pocas semanas, el niño empieza a asociar sus sensaciones por contigüidad, es decir, comienza a relacionar nuevos datos de su experiencia con datos anteriormente acumulados: *su «personalidad consciente» comienza a formarse en la justa medida de su experiencia individual*. Más tarde se desarrollan otras funciones psíquicas, las mismas que se observan en la evolución filogenética de los vertebrados, hasta que se inicia la adquisición del lenguaje articulado, mediante las tendencias hereditarias a la automatización de los centros y por la imitación del ambiente doméstico.

En este período de la evolución individual, el hombre se diferencia rápidamente de los otros vertebrados superiores. El niño se caracteriza como individuo «humano» cuando comienza a repetir intencionalmente los sonidos articulados que oye en el medio en que vive.

La voz animal es un gesto, un movimiento de reacción a determinadas excitaciones directas o indirectas del medio; los animales se comunican por medio de gestos y de sonidos, como el hombre; algunos monos parecen haber adquirido la aptitud para relacionar diversos sonidos o modulaciones de la voz con ciertos estados afectivos o representaciones intelectuales, lo

que ya implicaría un lenguaje elemental, semejante al que se presume usaron los primitivos antepasados del hombre. Pero mientras el lenguaje de los otros vertebrados superiores no pasa de gestos emocionales, de sonidos emotivos, de sonidos intencionales no articulados y hasta de sonidos articulados pero no dirigidos a expresar una serie de estados psíquicos definidos, el lenguaje humano, articulado y expresivo de estados psíquicos, señala el gran pasaje de la animalidad a la humanidad, presentándose como la causa más importante de la ulterior evolución mental del hombre.

En el desarrollo individual, ontogénicamente considerado, el lenguaje es una adquisición imitada por el individuo en su medio social. Cada individuo de la especie humana adquiere de esa manera el lenguaje usado en su sociedad.

Desde que el niño empieza a distinguir las cosas inertes de los seres vivos, y a descubrir entre éstos a sus semejantes, en lo que su experiencia individual es coadyuvada por la educación de las personas que le rodean, la influencia del medio social se hace decisiva sobre la evolución de su personalidad. Hasta ese momento el hombre evoluciona como un individuo de su especie; desde ese momento evoluciona como un individuo de su sociedad.

La personalidad humana es, en efecto, el resultado de dos factores: la herencia biológica y la educación social. La primera tiende a constituir en el individuo la organización cerebral y las funciones mentales que le transmiten las generaciones precedentes; la segunda es el resultado de las múltiples influencias del medio social en que el individuo está obligado a vivir. La acción educativa del medio es una constante adaptación de las tendencias psíquicas hereditarias a la mentalidad social colectiva; es decir: la educación es un proceso continuo de adaptación del individuo a la sociedad.

Sería entraren el terreno de lo particular, el detenernos en el análisis de la evolución mental del niño. Existe al respecto una vastísima bibliografía (1).

Es innumerable la pléyade de observadores que trabajan en este amplio surco, aplicando todos los recursos de la psicología y la psicoestadística al estudio genético de las funciones psíquicas en el período de formación de la personalidad individual (2). Las numerosas obras especiales de psicopedagogía pueden ser consultadas para ampliar estas indicaciones generales; merecen señalarse,

(1) Darwin, Tiedemann, Kussmaul, Sigismund, Pérez, Sully, Preyer, Geiger, Schulze, Geuzmer, Taine, Woods Hutchison, Ferrière, Binet, Tylor, Simón, Sikorsky, Romanes, Compaire, De Sanctis, Chrisman, Stauley, Paola Lombroso, Henry, Joteyko, Claparède, Fleury, Baldwin, Hall, James, Bain, Ferrari, Piéron, Dugas, Persigout, Ferriani, Höffding, Treves, Dubois, Courtier, Meumann, Schuyten, Pennazza, Ebbinghaus, etc.

(2) BALDWIN, cuya obra ocupa un puesto preeminente en la psicología infantil, hace notar que las observaciones realizadas por personas sin preparación científica sólo han servido para enredar nuestros conocimientos al respecto; muchos padres se entretienen en observar el desarrollo mental de sus hijos, y muchos educadores toman en cuenta esas pseudo-observaciones, sin tener idea cabal de los problemas a resolver ni hacer la crítica de sus métodos. Las respuestas a cuestionarios, publicadas con demasiada frecuencia, carecen generalmente de valor, pues en ellas mézclanse observaciones efectuadas por personas competentes e incompetentes. «El que estudie el alma del niño debe tener un conocimiento preciso de los principios de psicología general, a fin de poder distinguir lo que es característico del alma del niño de lo que es excepcional; debe también poseer suficiente originalidad en sus ideas e interpretaciones para sorprender lo válido de los hechos que observa y distinguirlo de los lugares comunes, y para preparar situaciones y experimentos que le permitan comprobar las acciones infantiles que le parezcan características. La necesidad de estas cualidades se nota muy bien fijándose en la historia de los problemas referentes al desarrollo del niño, estudiados por los psicólogos más competentes. Esta historia muestra un progreso gradual en el planteamiento de las mencionadas cuestiones, debido a las críticas hechas por cada observador de los

larse, en la Argentina, los valiosos estudios de Mercante y Senet, profesores de la Universidad de La Plata.

La *imitación* desempeña un papel amplísimo, casi exclusivo, en la formación de la personalidad, actuando por un verdadero proceso de mimetismo social (Wallace, Baldwin, Tarde, etc.) La *invención* fija, en cambio, las variaciones individuales (Baldwin, Paulhan, Ribot, etcétera). La imitación es un factor de conservación y se desarrolla creando hábitos: la invención es un factor de progreso y se desarrolla mediante la imaginación. La

métodos empleados y de los resultados obtenidos por sus predecesores, hasta encontrar ciertas reglas de observación y experimentación que permiten repetir una y otra vez la observación de los hechos.

«Para que se conozca la clase de problemas acerca de los cuales se ha hecho este trabajo crítico tan cuidadoso, citaremos los siguientes: los movimientos reflejos del niño; el principio y desarrollo de sensaciones tales como la de color; el origen de las distinciones y preferencias; el principio del uso de la mano derecha y de la izquierda; el origen, mecanismo y tendencia a la imitación; la adquisición del lenguaje hablado y de la escritura; la adquisición por el niño del sentimiento de la personalidad y de la conciencia social, y las leyes del desarrollo físico como fundamento del desarrollo mental. Todos estos problemas, estudiados con mayor o menor exactitud, deben ser considerados como característicos de este género de investigaciones, y dan a conocer, mejor que los resultados definitivamente adquiridos, las direcciones principales de la investigación.

«Más adelante trataremos de cada una de estas cuestiones particulares; pero permítasenos decir ahora algo acerca del estado general en que se encuentra el estudio del alma del niño. Estas consideraciones las hacemos con el mayor gusto posible, porque es evidente que, a despecho de los que pierden la esperanza en los resultados positivos, al deseo que poseen los psicólogos de reconocer los problemas y trabajar por resolverlos, es a lo que se debe la importancia que estas cuestiones alcanzan al presente. Investigar el niño por métodos científicos equivale a introducir en psicología el procedimiento que ha transformado las ciencias naturales y que ha de transformar las ciencias morales, convirtiéndolas en ciencias naturales también. La importante cuestión